

El desierto del corazón

“Todos lo saben, dice Shakespeare: La seguridad es el mayor enemigo de los mortales”. Sin embargo, es lo más anhelado, buscado, deseado. Esto nos lleva por caminos infinitos de ansiedad, depresión, insatisfacción. Son los mil nombres del ‘desierto’, hoy día. Nos aislamos, nos dejamos seducir por múltiples sucedáneos que remplazan la anhelada seguridad. Llegamos así, al desierto del corazón.

Un titular de prensa a varias columnas dice textualmente: “Auge de adolescentes ingresados a psiquiatría: ‘Mi hija empezó a eliminar alimentos y entró en estado de hibernación’. Era como una sombra” (El País 10.02.22). No se trata de un caso aislado. Es el común de los mortales en las primeras edades. Es el hábitat que les estamos preparando a las generaciones venideras y que Ellas padecen en el ‘Hoy’ de sus crisis existenciales.

Cuando hablamos de “desierto”, estamos diciendo muchas cosas a la vez: Soledad, silencio, aislamiento, austeridad, descanso, paz, búsqueda del camino interior, visión, éxtasis. Allí en el desierto hay tentaciones. Pueden ser las que el demonio le planteó a Jesús: El poder, la fama, la adulación. O pueden ser aquellas con las que nos atrapa la sociedad de consumo, la ebriedad del placer, la inmediatez, la indiferencia, la increencia.

Jesús nos ubica en el desierto: 1. Se deja llevar del Espíritu. 2. Confronta su proyecto de vida con la voluntad del Padre. 3. Primacía del corazón. 4. Templa sus sentidos al unísono del silencio. 5. Abre su escuela de oración. 6. Vence las adversidades con el arma de la Palabra. 7. Su alimento está en la comunión con el Padre. Así nos invita a hacer de nuestros ‘desiertos’ un campo de entrenamiento, un lugar apacible donde el corazón se ensancha.

Cochabamba 06.03.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com